

romana contribuyó a mantener a los emperadores dentro de los límites de la mortalidad”.

Por último, sobre la separación entre historia y biografía, que tanto griegos como romanos reconocieron, Momigliano apunta que ésta permitió que hombres como un poeta, un filósofo, un mártir o un santo fuesen apreciados, así como fue posible apreciar lo humano de un rey o de un político; pues, en todo caso, la biografía sirvió para crear “una intencionada relación entre los vivos y los muertos”.

La obra que nos ocupa está complementada por una bibliografía selecta, que se subdivide en varios apartados de acuerdo al orden de los temas que se van tratando en los capítulos. Esto, al parecer, obedece a un deseo del autor de proporcionar instrumentos muy específicos de estudio, de acuerdo a los propios intereses de los lectores. Asimismo, contiene los índices de los pasajes mencionados y de los nombres propios que allí aparecen, con lo que facilita las eventuales consultas que suscite su lectura.

De todo lo anterior, es fácil deducir que la traducción de esta obra al español no sólo vendrá a llenar un vacío en lo que se refiere a los temas que desarrolla, sino que también proporcionará a los especialistas, y al público culto hispanohablante, un buen ejemplo de método científico aplicado tanto a la historia como a la literatura grecorromana.

Mariateresa GALAZ

MARASCO, Gabriele, *Commento alle biografie plutarchee di Agide e di Cleomene*, 2 v., Roma, Edizione dell'Ateneo, 1981 (1983), 675 págs. (Bibliotheca Athena. Nuova Serie, 1).

1. Es natural que en el periodo que media entre el desarrollo de una investigación y su publicación en artículos o libros aparezcan nuevos títulos sobre el mismo tema u otros afines, fenómeno particularmente común en historia antigua, dado lo exiguo de las fuentes.

Por ello, Gabriele Marasco tuvo que agregar una *addenda* al final de su comentario (p. 663-4), en la que hace pequeños juicios críticos sobre las publicaciones más recientes y que, por ello mismo,

no pudo tomar en cuenta en la elaboración de su obra. Hay que notar que el prefacio está fechado en abril de 1979, los derechos de autor son de 1981 y el colofón manifiesta que los libros fueron terminados de imprimir en febrero de 1983. Es por eso que Marasco no pudo tomar en cuenta para su *addenda* publicaciones aparecidas después de 1982.¹

Esta reseña es consecuencia de un caso análogo, ya que en agosto de 1983 yo mismo terminé una traducción, con introducción y notas, de las biografías que Marasco comenta.² Por desgracia, no me fue posible tomar en cuenta esta obra, de cuya existencia sólo me enteré en diciembre de 1983, cinco meses después de haber terminado la investigación y diez meses después de que la obra de Marasco salió de la imprenta.

Una lectura anterior de esta obra me hubiera ahorrado mucho trabajo, a pesar de que las características de uno y otro trabajo son distintas.

En efecto, el comentario de Marasco consta de tres partes: una introducción (p. 21-127), el texto de las biografías (p. 128-71) y el comentario propiamente dicho (p. 176-664). Hay que notar, en primer lugar, que la obra reseñada es cuatro veces más larga que la mía y que no propone una traducción. Me parece que las diferencias entre una y otra son consecuencia del ambiente cultural en las cuales y para las cuales cada una de ellas ha sido elaborada. Pero es necesario ir por partes.

2. Mientras que mi obra empieza por tratar asuntos muy generales como son la biografía, el carácter general de la obra y algunas de las ideas filosóficas de Plutarco, Marasco entra de lleno al asunto con un capítulo sobre las biografías plutarqueas (p. 21-69). Este capítulo está dividido, a su vez, en "cronología" (de la composición de las biografías en cuestión), "las fuentes", "la construcción de las dos biografías" y las "ediciones y comentarios".

2.1 El problema de la fecha en que cada una de las *Vidas paralelas* fue compuesta es muy complejo y, en realidad, insoluble, dada la omisión de cualquier dato al respecto en la obra misma. Tal ausencia no es, en modo alguno, casual, sino que refleja una costumbre o, más bien, una actitud de los intelectuales griegos contemporáneos de Plutarco, los de la "segunda sofística". En efec-

¹ Es el caso de la segunda edición de la *Histoire politique du monde hellénistique* (2 v., Nancy, Université de Nancy, 1979-1982) de Edouard Will. Erróneamente, Marasco afirma que el volumen II apareció en 1980.

² Plutarco, *Vidas de Agis y Cleómenes*, México, UNAM, en prensa.

to, estos autores idealizaban el pasado remoto de Grecia como una especie de antídoto contra el mediocre papel político que los griegos jugaban en el Imperio Romano. Por eso, algunos de ellos hacían como si Roma no existiera y, simplemente, la ignoraban. Así, sólo se ha llegado a descubrir que Plutarco fue ciudadano romano porque se encontró en Delfos una inscripción que lo menciona, pero su obra, la más extensa que de la literatura griega se ha conservado, no da la menor indicación al respecto. Es esta misma actitud la que hizo que Plutarco, aunque dedique *Vidas* a algunos de los artífices de la conquista romana de Grecia (pienso en Flaminio y Filopomeno, sobre todo), se detiene en la muerte de Cleopatra (*Vida de Marco Antonio*).³

Sea de ello lo que fuere, a consecuencia de tal posición intelectual, sólo se pueden hacer vagas conjeturas sobre la fecha de composición de cada *Vida*. Es precisamente eso lo que Marasco hace.

2.2 El problema de las fuentes (p. 24-42) es tratado también por mí como parte del capítulo II del estudio introductorio. Para entender este asunto es necesario tomar en cuenta algunos elementos conexos que permitirán, espero, juzgar la obra reseñada.

En primer lugar, hay que ubicar las *Vidas paralelas* en la historiografía.

Su propio autor (*Alex.* 1) define dos puntos programáticos fundamentales:

- no escribe historias, sino vidas (*βίοι*).
- su tema es el carácter, concebido como la parte cambiante (madurable) del alma.

De hecho, al tomar en cuenta el conjunto de la obra inmensa de Plutarco, de la que las *Vidas*, con toda su enorme extensión (diez volúmenes de la Loeb Classical Library), representan tan sólo la mitad de los escritos plutarqueos que han llegado a esta época, se hace evidente la importancia que para este autor tenía la moral, a la que dedica el resto de su obra.

En realidad, las *Vidas* de Plutarco no son más que una recopilación de biografías ejemplares, concebidas como el legado más importante de “Los Grandes Hombres”, legado que es visto como un asunto mucho más importante que la significación propiamente histórica de los personajes biografiados.

Por otra parte, para entender el poco lugar que la historia con-

³ Cf. E. L. Bowie, “Los griegos y su pasado en la segunda sofística” en M. I. Finley (ed.), *Estudios sobre historia antigua*, traducción de R. López, Madrid, Akal Editor, 1981, p. 185-231.

creta tenía para Plutarco, basta recordar su tratado *Sobre la malignidad de Heródoto* en el que nuestro autor reprocha al de Halicarnaso, no el faltar a la verdad, sino registrar hechos bóchornosos.

A ojos de Plutarco, la historia aparece entonces como un almacén de acciones edificantes, modelos de bondad o maldad. Para que estos paradigmas fueran efectivos, debían ser históricos —no es casual que Plutarco relate vidas y no fábulas o cuentos—, pero la verdad histórica se justifica por estar al servicio de la moral, que es la que prescribe la elección de *Vidas* y de los aspectos biográficos que se incluían en ellas. Lo que Plutarco quería decir, el *Leitmotiv* de las *Vidas*, es que los hombres (o las mujeres) virtuosos no se rinden ante el infortunio ni se corrompen en la felicidad, en otras palabras, que *su calidad moral está por encima de las vicisitudes de la historia*.

En consecuencia, *Plutarco no usaba sus fuentes como historiador*. La falta de comprensión de esta característica ha llevado a una deformación en la percepción de aspectos importantes de la historia antigua, para la que Plutarco es, paradójicamente, una fuente importante.

En este sentido, desde hace unos veinte años, primero Russell y luego Pelling,⁴ con base en estudios de algunas *Vidas*, ya se habían percatado de que Plutarco elaboraba sus materiales en función del mensaje moral que intentaba transmitir. Esto es reconocido, en principio, por Marasco, quien dice:

Los estudios más recientes han puesto en justo relieve la importancia de la obra de re-elaboración efectuada por el mismo Plutarco, el cual, lejos de reducirse a simple compilador, escogía y adaptaba los datos de las fuentes con base en sus propias exigencias morales y biográficas, de modo que crea obras homogéneas y ligadas a su visión personal del pasado. (p. 24).⁵

Ahora bien, ¿cómo se aplica esto al caso de las *Vidas de Agis y Cleómenes*?

⁴ D. A. Russell, "Plutarch's Life of Coriolanus", *JRS*, LIII, 1963, pp. 2-8; "On reading Plutarch's Lives", *G&R*, 2a. serie, XIII, 1966, pp. 139-54; "Plutarch's Alcibiades", *PCPS*, no. 192, 1966, pp. 37-47 (desgraciadamente, Russell no retoma esta idea en su *Plutarch*, London, Duckworth, 1973); C. B. R. Pelling, "Plutarch's method of work in the Roman Lives", *JHS*, XCIX, 1979, pp. 74-96 y "Plutarch's adaptation of his source material", *JHS*, C, 1980, pp. 127-40. De estos títulos, Marasco sólo cita (p. 28) el primero, pero en cambio, menciona, sobre el mismo tema, a R. Flacelière, *Actes du VIII^e Congrès de l'Association G. Budé*, Paris, 1969, pp. 492ss. (n.v.) y P. A. Stadter, *Plutarch's historical methods. An analysis of the Mulierum virtutes*, Cambridge, Harvard University Press, 1965,

⁵ Marasco insiste sobre esto en la página 42.

Pelling (*JHS*, 1979) alega y, en mi opinión, demuestra que, por el uso que se tenía que hacer de los libros antiguos, los autores de la antigüedad sólo podían tener a la vista una de sus fuentes y consultar ocasionalmente otras.

Por otra parte, antes de formular cualquier hipótesis sobre las fuentes, hay que asumir, en el caso de la historia antigua, la profunda ignorancia al respecto que en la actualidad priva, puesto que *la mayor parte* y no siempre (por desgracia) la menos importante de las fuentes, se ha perdido.

Es aconsejable, entonces, partir de lo que se sabe para descubrir lo ignorado y no, como es con demasiada frecuencia el caso, hacer suposiciones gratuitas, arbitrarias o subjetivas sobre asuntos ignorados, tratando de encontrar su confirmación en lo que se sabe.

Un primer paso debe ser pues restringir la posibilidad de descubrir fuentes a las citadas por el propio autor (en este caso Plutarco).

Este procedimiento, sin embargo, debe adoptarse también *cum grano salis*, ya que los antiguos no usaban las citas como ahora se usan, sino para refutar a algún otro autor y, de preferencia, ponerlo en ridículo (el método favorito de Polibio), para refugiarse tras la autoridad del citado (cosa que Plutarco hace cuando cita a Platón), o para presentar opiniones contrastantes (como Heródoto acostumbra, aunque muchas veces acabe reconociendo su perplejidad). Finalmente, hay que tomar en cuenta que los silencios también significan algo. Por ejemplo, el hecho de que Tucídides no haga más que alusiones (y vagas, además) a Heródoto se debe a que quería que la *Historia de la guerra del Peloponeso* fuera, no una continuación de la obra de Heródoto, sino una refutación de su método; una lección, de hecho.

En consecuencia, no hay razón alguna para pensar que Plutarco cita siempre que hace uso de alguna obra, ni tampoco que la frecuencia de citas es reflejo fiel de la importancia de alguna fuente en la obra del escritor, ni que la omisión de algún autor signifique que no haya hecho uso de su obra. Pero hay que pasar al asunto importante.

Plutarco menciona a Filarco, Polibio, Arato y a otros autores menores y de poca consideración. ¿Cómo elucidar el uso que ha hecho de cada uno de ellos?

Por fortuna, la tradición ha conservado los libros relevantes de las *Historias* de Polibio (II y IV) y una *Vida de Arato* del mismo Plutarco. Contrastando ambas obras con las *Vidas de Agis y Cleómenes*, es posible encontrar puntos comunes y divergencias.⁶ ¿Qué significado tienen estas características?

⁶ Este es el método seguido por E. Gabba en su esclarecedor artículo "Studi

Para responder a esto, hay que tomar en cuenta dos cosas: a) Plutarco leyó tanto a Filarco como a Polibio y a Arato, pero actualmente sólo se dispone de la obra del segundo; b) Plutarco también usó las mismas fuentes en su *Vida de Arato*, pero dosificándolas de distinta manera.

El resultado más claro de esta confrontación sería, en consecuencia, definir el uso que Plutarco hizo de las *Historias* de Polibio.

Una primera conclusión, elemental, es que podía ser útil a Plutarco sobre todo para documentarlo sobre las relaciones exteriores ya que, y esto tiene hondas repercusiones, *el megalopolitano sólo se ocupa de la guerra cleoménica y el exilio de Cleómenes*, pero no de los asuntos internos de Esparta.

Una segunda conclusión es que, dado que Polibio comprime en menos de un párrafo el relato de toda la primera parte de la guerra cleoménica (es decir, antes de la invasión macedonia), parte que, en cambio, aparece tratada con gran amplitud en la *Vida de Cleómenes*, ésta tampoco pudo haber sido la fuente principal de esta sección.

En cambio, a partir de la intervención en la guerra del rey macedonio Antígono Dosón, la obra de Plutarco y la de Polibio son más o menos de la misma extensión y, de hecho, ahí se encuentran las dos citas que el biógrafo hace del megalopolitano.

Más importante es el distinto punto de vista entre uno y otro escritor pues, mientras que Polibio es abiertamente desfavorable a Cleómenes, para Plutarco éste aparece como una encarnación de la virtud de la ambición. Esto no lo pudo extraer Plutarco de Polibio.

Otro aspecto en el que Polibio sí influyó es el juicio sobre Filarco, al que el megalopolitano consagra siete capítulos (III, 56-63).⁷ En ellos, Filarco es tachado de historiador trágico, punto de vista que Plutarco reproduce en otras de sus *Vidas* (véase, sobre todo, *Arat.* 38, 12) pero significativamente, no en las de Agis y Cleómenes.

Las *Memorias* de Arato no se conservan,⁸ pero una confrontación entre las biografías de los reyes espartanos, las *Historias* polibianas y la *Vida de Arato* puede ser útil para deslindar el aporte de las susodichas *Memorias* a las *Vidas* en cuestión.

También en este caso se trata de una fuente que no puede sino haber sido desfavorable a Cleómenes y distante de Agis, por lo que

su Filarco. Le biografie plutarchee di Agide e di Cleomene", *Athenaeum*, n. s. XXXV, 1957, pp. 3-55 y 193-239.

⁷ Cf. K. Meister, *Historische Kritik bei Polybios*, Wiesbaden, Steiner, 1975, p. 93-108.

⁸ Cf. *FGrHis* 231.

Plutarco no extrajo tampoco de ella su punto de vista parcial a estos reyes.

Además, por su misma índole, las *Memorias* se ocupaban sólo de los asuntos que concernían directamente a su autor, o sea, la expedición de Agis al istmo y la guerra cleoménica.

Por todas estas consideraciones, es claro que la fuente principal de *Agis* y *Cleómenes* fueron las *Historias* de Filarco.

En efecto, esta obra, de la que no se conservan sino escasos fragmentos,⁹ se ocupaba de asuntos internos de Esparta, como lo indica el hecho de que una de las citas que Plutarco hace de ella se refiere al asesinato de Arquídamo, cita que también muestra que estas *Historias* eran favorables a Cleómenes.¹⁰

Sin embargo, es muy poco lo que se sabe de Filarco y su obra.

De hecho, la *Suda* misma¹¹ no sabe siquiera si el autor era ateniense o naucratita.

Se sabe, sí, que sus *Historias* abarcaban el mundo helenístico entre la muerte de Pirro (272) y la de Cleómenes (220) en veintiocho libros, de los que quedan ochenta y cinco fragmentos.

En consecuencia, a Filarco se le conoce por estas *Vidas* y por la crítica de Polibio. En todo caso, es claro que ésta última no es una fuente muy fiel pues, como dice Walbank:¹²

El vigoroso ataque contra Filarco en el libro II representa una exigencia honesta de nuevos parámetros y cánones en la historiografía griega. Pero, a la vez, debemos notar que Filarco es identificado con la causa de Cleómenes de Esparta, el enemigo de la Confederación Aquea y de Arato de Sición, y es significativo que los detalles de la crítica de Polibio se relacionan en gran parte con asuntos en los que él estaba implicado emocionalmente.

De hecho, la única manera de elucidar con justeza la aplicabilidad de los criterios polibianos sobre la obra de Filarco sería con-

⁹ *FGrHis* 81.

¹⁰ *FGrHis* 81 F 44 = Ath. IV, 141F-142F.

¹¹ *FGrHis* 81 T 1 = Suid. s.v. "Φίλαρχος".

¹² F. W. Walbank, ("Polemic in Polybius", *JRS*, LII, 1962, pp. 1-12, p. 11; no puede leer su artículo sobre la crítica polibiana a Filarco, "History and tragedy", *Historia*, IX, 1960, pp. 216-34, pero si su *Historical commentary on Polybius*, 3 v., Oxford, Clarendon Press, 1957-1978, I, pp. 259-70. Sobre este tema, Marasco cita a Gabba, *op. cit.*, pp. 3ss.; T. S. Brown, *Timaeus of Tauromenium*, Berkeley, University of California Press, 1958, pp. 94-9 (n.v.); T. W. Africa, *Phylarchus and the Spartan revolution*, Millwood, Kraus Reprint, 1980, pp. 29ss. y R. B. Kebric, *In the shadow of Macedon: Duris of Samos*, Wiesbaden, Steiner, 1977, p. 12 (n.v.).

frontándolos directamente con la obra del criticado, empresa imposible.¹³

Otra manera de acceder a Filarco sería la consabida comparación. En principio, todo dato que en las *Vidas de Agis y Cleómenes* no provenga de Polibio ni de Arato casi con seguridad debe tener origen en Filarco. Éstos serían todos los eventos en Esparta que no conciernen a sus relaciones exteriores, es decir, prácticamente todo el reinado de Agis y toda la política interna en tiempos de Cleómenes. Desde luego, también los otros datos pueden provenir de su obra, así como de las de Arato o Polibio.

Marasco se ocupa de todo esto, pero de una manera poco crítica. Afirma que las *Vidas* en cuestión se basan en Filarco, y también en Arato y Polibio, y hace un corto examen de las fuentes menores. Sin embargo, para él parece no representar una diferencia el hecho de que esas fuentes se conserven o no, y no saca todas las consecuencias de su posición (p. 24; *vid. supra* p. 276) de que Plutarco alteraba sus fuentes y, así, no explora el respectivo uso que el queroneo hizo de ellas.

En efecto, es necesario tomar en cuenta la clasificación de los medios a los que, según Pelling, Plutarco recurrió en el manejo de los datos de sus fuentes. El estudioso inglés se basa en las *Vidas* de personajes de la crisis de la república romana, periodo mucho mejor documentado que el de la crisis espartana. Pues bien, estos recursos son:¹⁴

1. Condensación

- a. combinación de varios hechos en uno solo
- b. compresión cronológica (juntar eventos separados en el tiempo)
- c. desplazamiento cronológico
- d. transferencia de hechos de un personaje a otro (para limitar el número de éstos).

¹³ Por principio, me niego a seguir el método de Africa (*op. cit.*), quien lee a Plutarco (y a Ateneo) como si estuviera leyendo a Filarco mismo. Por lo que se refiere a las citas de Ateneo, es interesante observar las conclusiones de una nota reciente (R. W. Sharples y D. W. Minter, "Theophrastus on fungi: inaccurate citations in Athenaeus", *JHS*, CIII, 1983, pp. 154-6) que, respecto al uso que Ateneo hizo de Teofrasto, dice: "Parece que algunas de las diferencias entre [ellos] son errores consecuencia de citas descuidadas y, probablemente, también de una excesiva compresión; en otras partes la variación puede ser un reflejo deliberado y consciente de los intereses particulares del pasaje de Ateneo" (p. 156).

¹⁴ *JHS*, C, 1980, pp. 127-30. No sigo estrictamente la terminología de Pelling.

2. Expansión

- a. adición de detalles pintorescos
 - b. adición de detalles circunstanciales.
3. Invención de un contexto (consecuencia de la adaptación de datos de distintas fuentes).

También vale la pena transcribir parte de las conclusiones de Pelling:

Algunas veces, [Plutarco] es impresionantemente crítico de sus fuentes, otras, absurdamente crédulo. Sus juicios históricos son, a veces, sensatos y sofisticados, a veces infantiles e inocentes.¹⁵

Como se ha dicho, Marasco no toma en cuenta todos estos aspectos, que me parecen fundamentales para aquilatar estas biografías y usarlas ahora como fuente.

Por esta razón, una parte considerable del capítulo II de mi estudio introductorio, así como varias notas de considerable longitud, están dedicadas a comparar distintas versiones de los mismos hechos relatados por diversas fuentes.

El relato del asesinato de Arquidamo me parece particularmente revelador, pues, según Plutarco, Filarco reconocía que Cleómenes participó de la culpa, mientras que el biógrafo, contra toda, aunque escasa, evidencia, lo exculpó.

Las conclusiones más importantes que se derivan de las presentes consideraciones son las siguientes:

- no es posible aquilatar la calidad de Filarco como historiador;
- no es posible deslindar lo comprimido, expandido o inventado por Plutarco de los datos extraídos de sus fuentes, puesto que la principal de ellas se ha perdido.

Esto, obviamente, no puede menos que afectar la credibilidad de estas *Vidas* de Plutarco y tener consecuencias en el uso que los historiadores hagan de ellas para acceder al difícil conocimiento de la historia helenística y, en particular, de la Esparta en crisis. Estos aspectos, sin embargo, son ignorados por Marasco y, de hecho, por casi todos los historiadores.

2.3 Tal actitud encuentra su consumación en el siguiente apartado del primer capítulo de la obra de Marasco, "La construcción de las dos biografías" (p. 42-8).

En efecto, en esta parte, el autor analiza el modo en que Plutar-

¹⁵ *Ibidem*, p. 139.

co usa sus fuentes, pero sin atender a la credibilidad, ya que presupone que, si hubo alteraciones, éstas se debieron a la comparación entre los reyes espartanos y los Gracos, así como entre Agis y Cleómenes, y a la adaptación de ideas filosóficas de Aristóteles y, en mayor grado, de Platón.

Esta sección es particularmente esclarecedora en lo que se refiere a la manera en que Plutarco recurrió a ideas platónicas para aprobar hechos que, en otro contexto, le hubieran parecido subversivos. El análisis es acucioso y representa una empresa sin precedentes.

No obstante, hay que insistir en la inconsistencia de Marasco, ya que si, como él mismo reconoce (p. 55), Plutarco

intentaba, más que describir las acciones, poner de relieve la pureza de los ideales por los cuales el protagonista [Agis] había pugnado...

y dado que no se cuenta con la obra misma de Filarco, no se puede sino suspender el juicio y dudar de todo dato que no encuentre confirmación en otra fuente.

Tal procedimiento, ya lo he dicho, tiene consecuencias para la historia.

2.4 La cuarta sección del capítulo I (p. 68-9) es un sucinto repaso de las ediciones y comentarios que se han hecho de las *Vidas* en cuestión, al que no puede haber nada que agregar.

3. El segundo capítulo (p. 70-127) trata de la “revolución espartana”.

Es significativo que Marasco mismo entrecomille su designación aunque, por desgracia, no explica su proceder.

3.1 Vale la pena tratar juntos los dos primeros apartados, “Las condiciones económico-sociales de Grecia y de Esparta en el siglo III a. C.” (p. 70-5) y “La situación política y social de Esparta” (p. 75-87).

Es de lamentarse que Marasco no haya usado ni incluido en su *addenda* el libro de E. David, *Sparta between empire and revolution* (404-243 B. C.). *Internal problems and their impact on contemporary Greek consciousness*, New York, Arno Press, 1981.

No es éste el lugar apropiado para exponer la situación económico-social de la Grecia helenística, tarea que, en todo caso Marasco sólo alcanza a rozar, pero sí parece necesario hacer algunas puntualizaciones.

Marasco da indicios de seguir una visión modernizante del pro-

blema,¹⁶ pues afirma que los productores griegos trabajaban “todavía” a nivel artesanal, mientras que las industrias de los reinos helenísticos, y sobre todo las de Egipto, florecían.

Nuestro autor, aunque reconoce su parcialidad, se basa en las cuentas administrativas del templo de Delos para afirmar que durante el siglo III a. C. los precios subieron y los salarios bajaron. No basta reconocer que

las inscripciones de Delos no representan una fuente del todo segura sobre la situación económica de toda Grecia, (p. 71)

pues, aunque es evidente que

otras fuentes confirman el estado de extrema pobreza de la masa del pueblo, (loc. cit.)

habría que demostrar que tal pobreza era causada por los hechos atestiguados por las inscripciones en cuestión.

En el caso específico de Esparta, no se encuentra el menor indicio de la presencia de asalariados ni del desarrollo de un mercado internacional, con excepción del de mercenarios en el cabo Ténaro.

Tampoco se puede hablar de una despoblación de Grecia en beneficio del Oriente, pues las famosas fundaciones de ciudades no eran más que una reorganización del territorio, como demuestra, para el caso del reino Seléucida, Heinz Kreissig en *Wirtschaft und Gesellschaft im Selukidenreich. Die Eigentums- und die Abhängigkeitsverhältnisse* (Berlín, Akademie-Verlag, 1978, pp. 46-50, 56-70; 74-80; 104-10 y 115-25). Además, es claramente imposible cuantificar la emigración griega hacia los nuevos reinos. Por todo ello, no se puede afirmar que la emigración de las “clases medias” griegas (clase que Marasco no define) hacia el Oriente haya sido un factor en la polarización socio-política (p. 72).

En todo caso, es evidente que, para juzgar la situación económico-social de la Grecia helenística, hay que tomar en cuenta su expresión política, y que tal expresión no consistió en una pugna por precios más bajos ni por mayores salarios, sino por una abolición de deudas y una reforma agraria, lo que hace suponer que, mediante las deudas, había una tendencia a que disminuyera el número de terratenientes. No otra era la situación que se encuentra para la Esparta helenística.

¹⁶ Análoga a la criticada por M. I. Finley en su *Esclavitud antigua e ideología moderna*, traducción de A.-P. Moya, Barcelona, Editorial Crítica, 1982, cap. I, pp. 11-83.

También en el análisis de Marasco sobre esta cuestión se pueden encontrar aspectos cuestionables.

En primer lugar, el uso de las fuentes. Después de Aristóteles (siglo IV a. C.), Plutarco, que vivió seiscientos años más tarde, es el único autor que se ocupa de la Esparta real, no licúrgica. Sin embargo, hay que tener siempre presente que sus juicios no son los de un economista, sino los de un moralista.

Así, no hay razón para creerle cuando afirma que la ruina de Esparta tuvo su origen en la ira de un padre (Epitadeo), quien, para castigar a su hijo, apeló a los sentimientos mezquinos del pueblo (p. 77), ni tampoco es creíble que

el lujo de los banquetes de Areo y de Acrótato, testimoniado por Filarco, y aquel del cual, según Plutarco, se rodeaban Leónidas (*Agis* 3, 9; *Cleom.* 2, 1) y las mujeres espartanas (*Agis* 4, 1; 7, 6) inducen a pensar que existía una mayor demanda interna y que incluso el comercio con el exterior... debió asumir una mayor importancia (pp. 78-9)

No se pueden leer obras moralísticas como si fueran bien documentados tratados estadísticos.

Pero, además, el análisis de Marasco tiene un serio defecto de fundamento, pues no toma en cuenta que el sistema espartano (la constitución de Licurgo), con todas sus peculiaridades, estaba diseñado para el sojuzgamiento de los ilotas, la mayor parte de los cuales —según Tucídides— eran mesenios. Cuando Esparta perdió Mesenia en 371, la razón de ser de la constitución licúrgica perdió fuerza y de alguna manera (que se desconoce) se fue concentrando la propiedad de la tierra, de tal manera que el número de ciudadanos disminuyó (cosa que no necesariamente ocurrió con el de los habitantes).

Marasco alega que fue la práctica del mercenariado la que vació las filas de la ciudadanía espartana.¹⁷ Los testimonios al respecto son definitivos en cuanto a su existencia (Plu., *Alex.* 1, 5; Plb. I, 32-6; D.S. XXIII, 14-6; Frontin. II, 2, 11; 3, 10; App., *Pun.* 3, 4; cf. p. 81-4), pero hay una oscuridad completa en cuanto a la proporción entre lacedemonios (periecos y espartanos) y extranjeros que contrataban sus servicios en el lacónico cabo Ténaro, así como en lo que se refiere al *status* de los primeros. Además, y ésta es la limitación fundamental de su argumentación, Marasco nunca trata de explicar *por qué* había oferta de mercenarios espartanos. La concentración en la propiedad de la tierra, también

¹⁷ En mi propio estudio introductorio, no tomo en cuenta este aspecto del desarrollo de la Esparta helenística, lo cual es desde luego un defecto.

documentable, pero sólo apreciable en la disminución del número de ciudadanos, puede ser una respuesta, aunque no la única.

Finalmente, hay que reconocer que

la política de Esparta... *parece* haber sido del todo pasiva.¹⁸ (p. 86)

Sin embargo, hay que recordar el pésimo estado de la documentación.

Es, por ello, muy peligroso usar argumentos *e silentio* y afirmar, por ejemplo, que, como hay un par de inscripciones que atestiguan una política de alianza con *póleis* distantes y no con las vecinas, así como tampoco se puede decir que

la situación política llevaba naturalmente¹⁹ a Esparta a aliarse con la Confederación Aquea (p. 86)

A mí, en cambio, me parece que esta alianza, que se dio en tiempos de Agis, es sorprendente e inexplicable, y que su inexplicabilidad es consecuencia de falta de documentos; los únicos que hacen mención de esta alianza con las *Vidas* plutarqueas de Agis y de Arato, escritas trescientos años después de los sucesos.

En resumen, se puede decir que Marasco usa las fuentes indiscriminadamente y como si fueran fidedignas y suficientes.

3.2 En cuanto a los “aspectos ideológicos de la ‘revolución espartana’” (nótese de nuevo las comillas), Marasco tiene el acierto básico de descartar el estoicismo y proponer el espejismo espartano como ideología de Agis y Cleómenes (p. 87-91).

Lo que parece excesivo es considerar los discursos de las *Vidas* como un reporte de las ideas y los discursos que se pronunciaron en el proceso de las reformas. Como dice Walbank,

es un lugar común infinitamente repetido que los discursos en los historiadores antiguos representan una “convención establecida desde largo tiempo” que “recuerda la relación duradera de la historiografía con la épica y el drama desde sus más tempranos orígenes”.²⁰

¹⁸ Subrayado mío.

¹⁹ Sin tomar en cuenta que carece de sentido hablar de alianzas naturales.

²⁰ F. W. Walbank, *Speeches in Greek historians*, Oxford, 1965, pp. 2 y 18 *apud* M. I. Finley, “The ancient historian and his sources” en E. Gabba (ed.), *Tria corda. Scritti in onore di Arnaldo Momigliano*, Como, Edizioni New Press, 1983, pp. 201-14; p. 207.

3.3 “El movimiento reformador durante el reino de Agis” (pp. 91-116).

Esta sección está signada por la evaluación de las fuentes.

Una y otra vez, Marasco repite su juicio sobre la parcialidad de Filarco y los defectos de la *Vida de Agis*.

Sin embargo, el autor usa esta biografía como si fuera capaz de distinguir hasta dónde llegan la parcialidad de Filarco y la adaptación de Plutarco. No sobra repetir, entonces, que es imposible delimitar una y otra.

Tampoco es posible usar como testimonio equiparable al de Plutarco las noticias que Pausanias, Teles y Cicerón transmiten.²¹

En efecto, el primero refiere hechos,²² como la muerte de Agis en batalla, que son incompatibles con los narrados por Plutarco. De Teles hay un fragmento que refiere sólo el exilio de Hipomedonte, partidario de Agis, y Cicerón no hace sino una vaga referencia.

Insisto, Marasco usa todas estas fuentes como si él supiera con precisión hasta dónde se puede confiar en ellas. Esto es imposible; tan imposible, que la reforma de Agis (la abolición de deudas) debe considerarse perdida para la historia.

En cuanto a la idea de la continuidad entre las reformas de Agis y Cleómenes, Marasco la atribuye a Filarco. En esta cuestión, como en la anterior, el estudioso italiano construye con las mismas bases y sus conclusiones son igualmente frágiles.

3.4 “El reinado de Cleómenes” (pp. 116-27).

En contraste con la documentación referente a la supuesta reforma de Agis, no puede haber duda alguna sobre las de Cleómenes, ya que el mismo Polibio (IV, 81, 2)²³ dice que Quilón, poco después de la muerte del rey,

²¹ Cf. A. Fuks, “Non-phyllarchean tradition of the programme of Agis IV”, *Social conflict in ancient Greece*, Leiden, Brill, 1984.

²² VIII, 8, 11; 10, 5-10; 27, 13-4 y 36, 6.

²³ Cf. B. Shimron, “Polybius and the reforms of Cleomenes III”, *Historia*, XIII, 1964, pp. 147ss., quien afirma, en mi opinión erróneamente, que Polibio omite ocuparse de las reformas en cuestión porque no quería reconocer que se trataba de la restauración de la constitución licúrgica, que él estimaba. Habría que empezar por preguntarse si el relato de las reformas hubiera sido relevante para las *Historias* de Polibio. En todo caso, el propio historiador califica a Cleómenes de tiránico (II, 47, 3; IV, 81, 14). Véase también F. W. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, cit., I, pp. 245-6 y “The Spartan ancestral constitution in Polybius”, en E. Badian (ed.), *Ancient society and institutions. Studies presented to Victor Ehrenberg, on his 75th birthday*, Oxford, Basil Blackwell, 1966, p. 303ss. Sobre Quilón, cf. R. Martínez Lacy, “De Cleómenes a Nabis”, *Nova tellus*, I, 1983, pp. 105-20, p. 110-1.

juzgó que si seguía el mismo camino de Cleómenes, es decir, si insinuaba al pueblo la esperanza de una repartición y redistribución de tierras, la masa le seguiría al punto.²⁴

Los problemas que la interpretación de la *Vida de Cleómenes* puede presentar son, pues, menores.

Sin embargo, Marasco incurre en algunos errores graves.

Aunque reconoce que Cleómenes no era hombre de principios, afirma que el hermano de Agis, Arquídamo, era partidario de las reformas de su hermano. Esto no está testimoniado en parte alguna y no hay razón, ni necesidad, de suponerlo.

El comentarista supone que había todo un partido reformista exiliado con Arquídamo en Mesene, aunque los únicos otros exiliados de quien se conserva noticia son Agesilao y su hijo Hipomedonte y el ex rey Cleómbroto, sustituto de Leónidas II, padre de Cleómenes, junto con su familia.²⁵

Nuestro autor saca importantes conclusiones de una supuesta expedición pirática etolia que, según él, invadió Laconia entre 241 y 235. Esta expedición es mencionada de manera hiperbólica y vaga por Plutarco (*Cleom.* 10, 11 y 18, 3) y, con menor imprecisión, por Polibio (IV, 34, 9; IX, 34, 9). En primer lugar, hay que tomar en cuenta que la fecha de la incursión no es segura, y que los historiadores²⁶ dudan en situarla en 244 o en 240. Ciertamente, el hecho de que Polibio mencione a exiliados abonaría la tesis sobre el grupo de refugiados partidarios de Agis, pero aun así habría que tener presentes las siguientes características de los testimonios:

- no se dice de dónde provenían los exiliados, ni si venían todos de un mismo lugar;²⁷
- no se menciona la causa de su exilio;

²⁴ Traducción de M. Balasch R., Polibio, *Historias. Libros I-IV*, introducción de A. Díaz T., Madrid, Editorial Gredos, 1981.

²⁵ Cf. B. Shimron, *Late Sparta. The Spartan revolution 243-146 B. C.*, Buffalo, State University of New York, 1972, p. 26. Hipomedonte llegaría a ser funcionario lágida en Tracia (muy lejos de Mesene); cf. Marasco, p. 318. Los otros personajes se pierden para la historia. Sobre los exiliados mencionados por Polibio (IV, 34, 9), *vid. infra*.

²⁶ Cf. Walbank, *A historical commentary...*, I, p. 483; II, pp. 173-4 y 639, y III, p. 770.

²⁷ Con la misma falta de fundamento, Jakob Seibert (*Die politische Flüchtlinge und Verbannten in der griechische Geschichte. Von den Anfängen bis zur Unterwerfung durch die Römer*, 2 v., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1979, p. 182 y 526) afirma que estos exiliados hallaron refugio en Etolia.

- no se dice que tuvieran alguna ideología o fueran partidarios de alguien;
- no se dice que tuvieran algo que ver con Arquídamo o con cualquier otro político.

En conclusión, esta invasión no parece ser el firme fundamento para postular la existencia de todo un partido reformista, bajo el mando de Arquídamo en Mesenia.

Pasando a otro asunto, Marasco insiste en que Cleómenes necesitaba la lealtad del ejército. Tal cosa no puede afirmarse sin olvidar algunas cosas.

Dada la escasez de espartanos (*cf. Agis 5, 6*), la mayor parte del ejército estaba formada por mercenarios. Su lealtad dependía del pago adecuado, en tiempo y en monto, de sus servicios. Después de dar el golpe de estado, Cleómenes dividió la tierra en cuatro mil lotes que repartió entre otros tantos individuos, periecos, extranjeros y los pocos espartanos que quedaban. Los dos primeros grupos adquirieron *ipso facto* la ciudadanía espartana. No puede haber duda de que entre ellos estaban los mercenarios. Con este acto, Cleómenes garantizó la lealtad de su ejército, que veía en el éxito del rey la garantía de su propiedad y de su ciudadanía.

Sin embargo, Marasco ignora esto. En la página 122 afirma que, en contraste con Agis, que contó con el apoyo de “una parte de la oligarquía y del pueblo”, Cleómenes, antes del golpe, trató de ganarse la buena voluntad del ejército por medio de victorias militares. Si se tiene en cuenta que el espartano no era un ejército de milicianos, sino de mercenarios, no se puede menos que pensar que su lealtad no se conservaba con victorias, sino con dinero. Ahora bien, es cierto que no se sabe quién pagaba el ejército, si los éforos (de quienes Cleómenes se desharía posteriormente con ayuda del ejército) o el rey, pero, en cambio, se sabe que Cleómenes era muy rico, y que podía además ganarse la lealtad del ejército mediante la promesa de un lote de tierra y de la ciudadanía espartana. Esta cuestión no ofrece entonces mayor problema.

Finalmente un asunto en el que, en mi opinión, Marasco incurre en grave error es el asesinato de Arquídamo, del que dice:

La caída de Mantinea en las manos de Arato fue ... un gran golpe para las ambiciones de Cleómenes, el cual trató de obviarlo llamando a Esparta al exiliado Arquídamo (Plu., *Cleom.* 5, 2).²⁸ La sucesión de los eventos demuestra una sustancial evolución en la acción de Cleómenes; si de hecho el llamado a Arquídamo respondía evidentemente a la exi-

²⁸ Comentado en detalle por Marasco, pp. 395-9.

gencia de contrastar la prepotencia del eforado, el exiliado seguía siendo de todos modos el exponente más visible de los reformadores, lo cual indica que Cleómenes, después de la derrota de Mantinea, se dio cuenta de que las reformas sociales eran indispensables para el buen éxito de la guerra, e intentó acercarse a los reformadores. El asesinato de Arquídamo convenció a Cleómenes de la inutilidad de otras tentativas no basadas en la fuerza; desde entonces, la única preocupación del rey parece haber sido la de asegurarse la fidelidad del ejército en la perspectiva del golpe de estado. (pp. 122-3)

Pasaré a discutir las cuestiones que plantea este pasaje en el mismo orden en que su autor las plantea.

La idea de que la caída de Mantinea fue un gran golpe depende del supuesto de que la fidelidad del ejército espartano hacia su rey dependía de las victorias o derrotas de éste, pero hay que recordar que Mantinea, ciudad arcadia, estaba en una posición intermedia entre los beligerantes —la Confederación Aquea y Esparta—, por lo que su pérdida no representaba una amenaza directa para los laconios y, por tanto, tampoco para su rey.

En cuanto a la sucesión de los eventos, nada hay más inseguro, pues se ha visto²⁹ que Plutarco los desplaza según la necesidad de su relato, así que no se puede argüir un orden cronológico con base en la sucesión narrativa.³⁰

Es imposible saber qué pasaba dentro de la cabeza de Cleómenes y cuándo decidió efectuar reformas, pero la guerra comenzó en el sexto año de su reinado (229) y el golpe de estado lo dio en el octavo (227). En todo caso, el llamado a Arquídamo no da indicación alguna al respecto ya que se desconocen sus convicciones y sus ideas, ¡ni siquiera se sabe si las tenía! Por lo contrario, si se aceptan los testimonios de Polibio y del propio Plutarco, que en este punto no se atreve a seguir a Filarco,³¹ y se acepta que Cleómenes asesinó a Arquídamo, éste (si ocurrió en el orden relatado por Plutarco) habría sido el primer paso en el violento camino de las reformas.

4. El concepto de revolución.

Todas las críticas formuladas hasta ahora se refieren a detalles de la introducción de Marasco. Hay además un punto que concierne a la interpretación misma de las reformas de Cleómenes y a su significación histórica. Me refiero al concepto de revolución.

²⁹ *Supra*, p. 280 ss.

³⁰ Nótese que Polibio, que también se ocupa de este asesinato, no sitúa cronológicamente este llamado (V, 37, 3).

³¹ *Cf.* el capítulo II de mi estudio introductorio.

Como he dicho,³² Marasco se refiere al aspecto principal de este periodo de la historia espartana como “la ‘revolución espartana’”,³³ con un entrecomillado que no lo compromete teóricamente. ¿A qué se debe este proceder?

Después de una acertada revisión de las interpretaciones generales de las reformas,³⁴ Marasco afirma que, a pesar de que los reyes reformadores no intentaban establecer ni el socialismo, ni la igualdad,

es, sin embargo, necesario notar que también la posición de los estudiosos que tienden a negar cualquier carácter de revolución social a la obra de Agis y de Cleómenes [¡Marasco no menciona a ninguno!] es igualmente errada; el contraste entre ricos y pobres era una realidad fundamental en Esparta y el partido reformador [cuya existencia, ya se ha dicho, Marasco no demuestra], cualesquiera que fueran sus propósitos militares, no podía prescindir de la resolución de tal problema precisamente en cuanto fuente de debilidad del estado. (p. 98)

Esto es incongruente con las comillas de Marasco que, al final, quedan sin explicación.

Pero lo esencial del asunto no es éste, sino que *no se da en ninguna parte definición alguna de revolución social*. Los lectores nos quedamos sólo con lo que Marasco sugiere en este pasaje: la revolución social consiste en abolir el contraste entre ricos y pobres.

Ahora bien, ¿qué tan válida es esta concepción, y cuál es su utilidad en la comprensión de las reformas en Esparta?³⁵ La respuesta es particularmente importante dado que, como Marasco mismo muestra en la revisión citada, éste ha sido el concepto generalmente usado para definir las reformas. No por casualidad, la única monografía sobre el tema, hecha por Benjamin Shimron, se intitula *Late Sparta. The Spartan revolution...*

Pero, para empezar, el concepto de revolución no es antiguo. Los griegos tenían palabras para designar la discordia político-social

³² *Supra*, p. 282.

³³ Título del capítulo II.

³⁴ Véanse p. 91-8. Me parece particularmente lúcida la siguiente observación (p. 96):

Las interpretaciones que consideran a la “revolución espartana” como un movimiento “socialista” o “comunista”, aunque sea con base en los ideales de ese tiempo, parecen determinadas por concepciones modernistas, ampliamente influidas por el deseo de los estudiosos que las han formulado, de subrayar la correspondencia entre la sociedad helenística y la contemporánea.

³⁵ Habiendo descartado las de Agis (*vid. supra*, p. 286) me ocupo sólo de las de Cleómenes.

(στάσις), los golpes de estado (νεοτερισμός) y los cambios de constitución (μεταβολή πολιτειῶν), pero no tenían un concepto, ni de sociedad (pues se identificaba con la *pólis* misma), ni de revolución. Hay que preguntarse si la falta del término obedece a la inexistencia del fenómeno mismo o a la falta de conciencia de él.

Antes de contestar, es necesario tener en mente que el concepto de revolución surgió precisamente en la revolución francesa, uno de cuyos participantes, Condorcet, decía:

*La palabra “revolucionario” sólo se puede aplicar a revoluciones cuyo propósito es la libertad.*³⁶

Desde su surgimiento, entonces, el concepto de revolución ha tenido connotaciones de un movimiento radical, consciente y, sobre todo, progresista.

En concordancia con esto, es muy clara la definición de Arendt:³⁷

Sólo ahí donde ocurre un cambio en el sentido de un nuevo principio, ahí donde la violencia se usa para constituir una forma completamente nueva de gobierno, para propiciar la formación de un nuevo cuerpo político, ahí donde la liberación de la opresión tiene como mínimo propósito alcanzar la libertad, podemos hablar de revolución.

Es cierto que Marasco tiene bien claras las limitaciones de las reformas espartanas —de ahí tal vez sus comillas—, pero hay que tomar en cuenta que el uso de un concepto para definir un fenómeno histórico compromete a quien lo usa. En este caso, si se habla de una revolución espartana, se refiere a un movimiento cuyo propósito hubiera sido la libertad, por lo menos, de los espartanos... y éste no es el caso.

Pero aun hay que tomar en cuenta otro elemento. Según Trotsky,

el rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos.³⁸

Si se relaciona esta observación con la de Arendt, se verá que

³⁶ *Oeuvres*, 1847-1849, XII, *apud* H. Arendt, *On revolution*, 2a. ed., Harmondsworth, Penguin Books, 1973, p. 29.

³⁷ *Op. cit.*, p. 35, definición adoptada también por G. Pasquino, “Revolución” en N. Bobbio y N. Mateucci (eds.) *Diccionario de política*, traducción de R. Crisafio y otros, 2 v., México, Siglo XXI Editores, 1981-1982.

³⁸ L. Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, traducción de A. Nin, prólogo de J. A. Ramos, 2 v., México, Juan Pablos Editor, 1972, I, p. 13.

son complementarias, pues la libertad sólo la pueden alcanzar los pueblos por su propia iniciativa.

La misma Arendt se muestra consciente de ello cuando afirma³⁹ que los rebeldes de la antigüedad y la Edad Media consideraban a la pobreza y a la esclavitud como algo normal, y que sólo aspiraban a cambiar su situación personal.⁴⁰

Algo similar se podría decir, y Marasco lo reconoce, de la política de Cleómenes, para quien las reformas no eran sino un medio para restaurar la hegemonía espartana sobre el Peloponeso, o sea, para someter a sus vecinos.

Pero la aplicación de este concepto tiene más implicaciones. De hecho, su uso indiscriminado se deriva de una concepción mecanicista, y en el fondo ahistórica, que presupone que la antigüedad tuvo como final una revolución, actitud que es a su vez consecuencia de una concepción de la historia como un proceso unívoco e irremisiblemente progresivo.⁴¹

Aunque, a veces, ésta se presenta como una visión marxista, hay que recordar que, para Marx,

durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social.⁴²

De aquí se desprende que no es posible postular una era de revolución social entre la antigüedad y el feudalismo, y que el paso de uno a otro periodo no fue progresivo ni revolucionario, puesto que no fue consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas.⁴³

³⁹ *Op. cit.*, p. 22.

⁴⁰ Cf. R. Martínez Lacy, "Las guerras de esclavos de Sicilia", *Anuario de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana*, IV, 1980, pp. 175-86.

⁴¹ Un replanteamiento reciente de esta visión es el de G. E. M. de Ste. Croix, *The class struggle in the ancient Greek world from the Archaic age to the Arab conquests*, London, Duckworth, 1981.

⁴² C. Marx, *Crítica de la economía política*, traducción de J. Merino, México, Editora Nacional, 1969, p. 7.

⁴³ Sobre la ausencia de desarrollo de las fuerzas productivas en la antigüedad, M. I. Finley, "Innovación técnica y progreso económico en el mundo antiguo", *La Grecia antigua: economía y sociedad*, edición e introducción de B. D. Shaw y R. P. Saller, traducción de T. Sempere, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, pp. 200-22.

5. Pasando el texto de las *Vidas de Agis y Cleómenes*, Marasco advierte (p. 128n.) que éste

reproduce, con algunas modificaciones, la edición de K. Ziegler.⁴⁴ *Plutarchus, Vitae parallelae*, III 1, Leipzig, Teubner, 1971.

De hecho, se trata ni más ni menos que de una fotocopia, sin el aparato crítico del texto de la colección de Teubner. La única diferencia consiste en que, como las páginas de esta edición son más grandes que las de la original, cambia el número de líneas; así, muchos números de capítulo aparecen en el margen interior lo cual es incómodo e inconsistente.

En cuanto a las modificaciones, Marasco propone sólo tres, que aparecen impresas en una tarjetita, como si fueran erratas, procedimiento que no parece muy honesto.

6. Finalmente, de las notas se debe elogiar su riqueza y detalle, aunque a veces se caiga en excesos.

Tal es el caso, para poner un solo ejemplo, de la página 471, donde Marasco afirma que la hegemonía que Cleómenes solicitó de los aqueos (*Cleom.* 15,1) era distinta de la que Ptolomeo III Evergetes había ostentado sobre la misma confederación, ya que, observa Marasco,

es necesario notar que la hegemonía de Ptolomeo, en cuanto tenía el carácter de una alianza militar, estaba delimitada en el tiempo y en la sustancia, mientras que la solicitud de Cleómenes, que tenía como propósito restaurar la antigua supremacía espartana en el Peloponeso, tendía a concretarse en una hegemonía duradera y absoluta.

En realidad, faltan datos para hacer una afirmación tan tajante. No se sabe, en primer lugar, cómo se manifestó en concreto la hegemonía egipcia y, en segundo lugar, el hecho de que la espartana no fuera concedida, impide conocer los verdaderos propósitos de Cleómenes, los cuales, además, no tienen por qué haber sido muy claros.

No quiero decir con esto que todos los detalles sean excesivos. De hecho, numerosas veces, Marasco llega a cubrir aspectos interesantes que mis notas, menos amplias, no alcanzan a contemplar.

Es evidente que la longitud misma de esta reseña demuestra que la obra de Marasco es estimulante y sugerente, y que representa un cambio radical en los estudios de la Esparta helenística.

⁴⁴ Por un error, dice Ziegler.

También espero que quede claro en qué difieren este comentario y mi interpretación. Creo que los argumentos que Marasco aporta refuerzan mi tesis, ya que, aunque su obra y la mía concuerdan en varios puntos importantes, el autor italiano no saca las conclusiones que sus propios argumentos sugieren.

Ricardo MARTÍNEZ LACY

Diez diálogos de Luciano de Samosata, vers. yuxt. Arturo RAMÍREZ TREJO, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos), 1985, 132 págs. (Serie didáctica 6).

Luciano de Samosata debió asimilar, como nosotros, la cultura griega, y en tal grado se empapó de ella, que se convirtió para nosotros no sólo en maestro sino también en modelo de “lo griego”. En efecto, siendo sirio, legó a su posteridad una literatura de tendencias *cínicas*, en un griego clásico “asequible para todos y en todo tiempo”. Esta es la primera lección que Arturo Ramírez Trejo trasmite en la obra que aquí comento. La otra merece una reflexión más amplia.

Como se adivina por los datos bibliográficos asentados en la parte superior de esta nota, la versión yuxtalineal tiene pretensiones didácticas, y, de hecho, así lo hace saber su propio autor: “nuestro interés . . . es la comprensión del griego antiguo a partir del lenguaje hispano de hoy en día” (p. 11). El mecanismo que el lector, o estudiante, debe seguir para llegar a “leer el texto original y entender sus elementos, su estructura y su significado” (*ídem*) consisten en leer los diálogos repetidas veces hasta la memorización del vocabulario y la mecanización de las estructuras. Sin embargo, dado que entre la lengua griega y la española existen distancias (“temporal y gramatical”) que de ninguna manera pueden salvarse con la sola yuxtaposición de los elementos léxicos o gramaticales, Ramírez Trejo ofrece 26 observaciones gramaticales (lingüísticas) que aclaran “lo que con la sola traducción no es evidente”. Examinar en particular cada una de ellas llevaría, quizá, a las disensiones, muchas veces sin sentido, que acerca de la nomenclatura suelen darse entre la gramática tradicional y nuevas teorías lingüísticas. Aquí todas ellas satisfacen cabalmente los requerimientos de la didáctica escolar, objetivo que debe ser de toda obra que pertenezca a una *serie didáctica*. Ciertamente, el lector